

A la mañana siguiente, cuando el señor Labín se levantó, ya tenía Jacobo escrito el billete para su amada, el que puso en manos de su amigo, y éste salió para la calle.

Llegó á casa del coronel, con quien estábamos almorzando, y allí nos contó lo que va referido. Doña Matilde no pudo reprimir su curiosidad, y así rogó al señor Labín que, si no desmerecía su confianza y si el billete estaba sin lacre, se lo leyera, porque deseaba ver cómo se explicaba Jacobo. El señor Labín condescendió con su ruego y les leyó el papel, que decía de esta manera:

«Bella Carlota: Yo os amo con pureza; no puedo ya resistir al dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, ó si algún día podré esperar que hagáis para siempre venturoso al infeliz

JACOBO.»

—¡Qué poco escribe! dijo Matilde; pero se explica bien. ¿Y usted cómo piensa salir de su cuidado?

—Fácilmente, respondió el señor Labín; la señora su hermana de usted tiene mucho arte para todo, y además lleva una amistad muy íntima con Carlota. De ella pienso valerme, y creo que pronto tendremos la respuesta en nuestra mano.

Así fué, en efecto. A los dos días volvió el señor Labín, y nos manifestó la contestación de Carlota concebida en estos términos:

«Caballero Welster: Una de las virtudes que más me agradan es la ingenuidad y sencillez. No hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes. En esta inteligencia, si V. me ama, está correspondido, y se lograría sin duda nuestro amor con el honroso enlace que V. por su parte facilita; pero por la mía hay dos obstáculos insuperables que lo impiden. Las leyes civiles y eclesiásticas están en nuestra contra. Yo no puedo casarme sin licencia de mi padre, opuesto siempre, no sé por qué motivo, al matrimonio; y menos puedo unirme en este estado con quien no profesa la religión católica. Si V. me ama como dice, haga por allanar estos inconvenientes, y podrá asegurarse de que será suyo el corazón de

CARLOTA.»

—La carta me parece muy bien puesta, dijo Matilde; da á entender que la muchacha no es tonta ni loca y piensa con juicio; pero también es demasiado fácil para corresponder: no parece sino que estaba deseando la ocasión.

—Cuando así sea, contestó el coronel, yo no se lo

tengo á mal, pues si ella está tan apasionada como él, desearía dar desahogo á su pasión correspondiendo á su amante. No tienen las mujeres menos derechos que los hombres para usar de la verdad lícitamente, y la misma Carlota lo da á entender, cuando dice que *no hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes*, en lo que explica más de lo que parece. Finalmente, veremos en qué paran estas buenas aventuras en que se ha metido nuestro amigo Labín.

Éste, concluída la conversación, se retiró para su casa, y entregó á Jacobo el papel de su querida. Lo leyó cinco ó seis veces, y no cabía en sí de gusto al saber que contaba con el corazón de Carlota.—Ahora sí, decía á Labín, ahora sí me tengo por el más feliz de los mortales con la posesión de mi Carlota. Sí, México es ya mi patria. No tengo en Wáshington ninguna cosa que me arrastre: mis padres han fallecido, mi hermana es rica y no necesita de mis auxilios para nada; la mayor parte de mis intereses están en mi poder, y para recoger los que allá quedan, tengo buenos amigos de quienes valerme; pero aun cuando tuviera en el Norte padres, deudos é intereses, todo lo abandonaría, porque todo se debe abandonar por Carlota.

—¿Pero de qué manera piensas vencer los dos inconvenientes que ella dice? le preguntó el señor Labín; y Jacobo sin detenerse respondió:

—Por lo que toca á la religión, estoy resuelto á abrazar la católica. Este debe ser el primer paso; y por lo que respecta á persuadir á su padre para que le conceda su permiso, creo que no habrá mayor dificultad, pues yo no carezco de bienes suficientes para sostenerla con decencia, y tú y el amigo coronel tenéis, á lo que entiendo, mucho influjo sobre el caballero Tadeo, y no dudo que ambos haréis por mí cuanto os sea dable.

—Puedes estar seguro, dijo el señor Labín, de que el coronel y yo te serviremos en cuanto esté de nuestra parte; pero en confianza de la amistad debo advertirte que examines bien tu corazón: mira que las pasiones, aun las más puras, cuando son vehementes, nos ofuscan y no nos dejan ver lo más cercano. Se necesita vocación, así para entrar en el cristianismo como para abrazar el matrimonio. Yo te he oído hablar siempre bien de nuestra religión; pero jamás te he observado tan dispuesto como ahora para recibirla, y esto me hace pensar que Carlota ha hecho esta repentina mutación. Si así es, entiende que no se debe seguir á Jesucristo por particulares intereses, sino únicamente convencidos por la pureza de su ley y por la efusión de la fe. Conque si quieres ser cristiano, mira lo que haces, registra tu interior, examina el origen de tu deseo, instrúyete en nuestros principios; y si después de bien explorada

tu intención resultare que es recta, adopta como la mejor y la más cierta la religión católica.

Advierte también que no es lo mismo desear la posesión de una mujer como mujer hermosa, rica ó prendada, que desearla para esposa, madre de familia y compañera única hasta la muerte. Para lo primero basta ser hombre, porque todo hombre se inclina á la mujer; pero para lo segundo es necesario creer y conocer la gracia y virtud del sacramento del matrimonio.

Aun cuando el casamiento era solamente un contrato natural, desagradaba á Dios tanto que se hiciese únicamente por saciarse con los placeres sensuales, que en las sagradas letras se nos cuenta de aquellos siete maridos que tuvo Sara muertos por el demonio Asmodeo en las mismas noches de las bodas, y temiendo Tobías casarse con ella porque no le sucediera otro tanto, lo animó el ángel san Rafael diciéndole: *El demonio sólo tiene poder sobre aquellos que se casan sin acordarse de Dios, y únicamente para satisfacer su liviandad, como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento.* Si esto sucedió, según te dije, cuando el matrimonio era un mero contrato natural, ¿qué se deberá esperar hoy que se halla elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento?

Verdad es que no oímos referir ejemplares tan terribles como el pasado. Se casan muchos, muchísimos,

con el mismo fin que los maridos de Sara, y con todo eso no los mata Asmodeo; pero sobre estos casados llueven treinta mil plagas, que son á veces peores que el demonio. La pobreza, los hijos mal criados, las desconfianzas, las riñas, los celos, el despego y el odio, son las resultas de un casamiento hecho sin vocación.

El matrimonio, considerado como sacramento de la ley nueva, tiene tres fines, que son: *Propagar la especie humana, aplacar la concupiscencia y causar gracia unitiva.* Del logro de estos fines resultan en el matrimonio tres bienes: *El de la prole, el de la Fe y el del Sacramento.* El primero consiste en tener sucesión; el segundo en la fidelidad y amor que deben tener los consortes, y el tercero en que esta unión en paz y en amor sea hasta la muerte.

En inteligencia de esta doctrina, consulta bien tu corazón, para que después no te arrepientas cuando pruebes los sinsabores del estado; porque ya sabes que en esta vida miserable no hay uno que no los tenga, y sería un necio el que se representara el matrimonio como un jardín lleno de flores y sin ningunos abrojos ni malezas. Así lo pinta el amor, visto de lejos; pero luego que entramos en él, advertimos que en el mejor, en el más pacífico y feliz, no faltan algunas espinitas, que aunque no hieren, lastiman. Conque vuelvo á acon-